

Aurelio Arteta (Ed.):

El saber del ciudadano: Las nociones capitales de la democracia.

Alianza Editorial, Ensayo. Madrid, 2008.

Manuel Rosa Moreno

La tarea de pensar la realidad política en la que estamos inmersos, que nos afecta de manera tan significativa –o así debiera ser- en nuestro (con)vivir público, debe regirse, cuando menos, por dos exigencias epistémicas coadyuvantes a cualquier intento de reflexionar sobre nuestra organización política: la primera es la de hacer obvio lo problemático, función primera de toda relación especulativa con el mundo, y la segunda –más estimulante en el terreno filosófico- es la de problematizar lo obvio. En este sentido, lo obvio aquí es la democracia y lo problematizado son sus fundamentos y, aún más, sus exigencias.

El texto que nos ocupa es una compilación de ensayos sobre diversos aspectos de la democracia, y en la obra participan, además de Aurelio Arteta –que también es editor- , profesores como Félix Ovejero Lucas, Javier Peña Echevarría, Luis Rodríguez Abascal, Alfonso Ruiz Miguel Y Ramón Vargas-Machuca. Un libro como éste, dedicado a los fundamentos, procesos y figuras del sistema democrático, debe ofrecer - como bien apunta Arteta en su presentación- una justificación (¿por qué ahora?) y un propósito (¿para qué?). La justificación viene –según el autor- de la reducción de la vida pública española a espectáculo mediático meramente nominalista, la desatención ciudadana a los idearios de los partidos (cuestión crucial a mi entender, pues si la dialéctica política se estableciera en términos de confrontación programática en lugar de en enfrentamiento ideológico, traería a la superficie, *mutatis mutandi*, las mínimas

diferencias de programas sobre cuestiones importantes, con lo que la tan traída dicotomía izquierda/derecha se disolvería como lo que es, pura mitología para enturbiar las aguas públicas) o la preponderancia de una oligarquía dentro de los mismos sólo preocupada por la agenda política marcada por los periodos de elecciones; y lo que es aún más grave, una progresiva asfixia del sistema democrático causada por un sectarismo interesado, contaminando de demagógica indistinción las fronteras entre la verdad y la mentira, lo justo y lo injusto o lo que redunda en interés general y lo que lo socava.

Por su parte, el propósito del libro apunta al desconocimiento generalizado acerca de lo que es la democracia (más allá del habitual recurso lingüístico utilizado por políticos de tibieza contrastada para amparar ideas totalitarias y antidemocráticas), reivindicándola menos como régimen determinado que como ideal político. La democrática “es una tarea continua, y nuestra actitud ciudadana será correlato de nuestra idea de democracia”.

La enseñanza y transmisión de competencia democrática (ojo, tarea del estado, pues la enseñanza de los principios democráticos es competencia de los poderes públicos a diferencia de las actitudes personales que se derivan de ese saber, que son legítimamente asumibles por la familia u otras instituciones particulares, sea la iglesia, una asociación laica o una peña de petanca) debe basarse –según los autores- además de en los fundamentos teóricos del sistema democrático (o a causa de ellos) en la adquisición por parte de la ciudadanía de juicio crítico, la capacidad de, a partir de la interpretación razonada de aspectos concretos de la realidad política, subsumirlos a un concepto general que los guíe y les dé sentido; no se trataría, como es obvio, de saberse al dedillo todo lo que pasa en el ámbito público, algo imposible y estéril, sino saber discernir situaciones que mermen el interés general o menoscaben valores compartidos por todos. Así, en la medida de lo posible, se evitarían adhesiones ignorantes a unas ideas u otras y no caeríamos en lugares comunes –y falsos- de la democracia, como el considerar una decisión tomada por mayoría como una decisión *democrática* sin examen siquiera del contenido axiológico de la propuesta; o considerar todo lo que es *válido* automáticamente como *valioso*. Como se dice en alguna parte del libro, “*ciudadanos libres, iguales... y razonables*”. La fundamentación -juicio- en lugar de la fundamentalización -prejuicio-.

Pero convengamos que estas enseñanzas no se agotan en los gobernados, pues los gobernantes están aún más sujetos a ellas que el resto. Evitaríamos así situaciones como las actuales, donde la acción política se basa en la ética de las intenciones, como si ésta fuera un valor *per se*, y no en la ética de la responsabilidad que consiste justamente en prever de antemano si las intenciones pueden acabar en escenarios nefastos por imprevistos. Si no es así, tendremos que convenir con Karl Popper que el problema fundamental de las democracias modernas no es tanto escoger al gobernante ideal como diseñar instituciones que puedan garantizar el buen funcionamiento de la sociedad a pesar de políticos mediocres o irresponsables.

Los capítulos dedicados a *ideas básicas* recorren históricamente la democracia, desde su génesis en la Grecia clásica hasta mediados del siglo XX, haciendo especial hincapié en el concepto de soberanía popular y su encarnación a lo largo de los distintos modelos históricos. Los procesos instrumentales de la democracia (Representación, Deliberación y Decisión) sirven a los autores para alertarnos de las *patologías* democráticas que provocan estos tres mecanismos de participación ciudadana. En la representación el riesgo consiste en el desvío programático, amparado en el interés general a costa de traicionar a los electores. “Las políticas no se proyectan para ganar elecciones, sino que se ganan elecciones para poder proyectar las políticas”.

Por su parte, la deliberación (que no deja de ser la puesta en común de las distintas posturas para, atendiendo a las mejores razones, escoger la opción más justa para todos) debe, para proyectar toda su potencia democrática, cumplir dos requisitos: igual capacidad de influencia e igual información. La perversión de estos principios se materializa en todo tipo de grupos de presión -informativos, económicos, etc.- que disponen de mayor influencia en las decisiones colectivas y su capacidad informativa – manipuladora- es muy superior.

Es muy reseñable el capítulo dedicado a los desafíos que tenemos por delante los demócratas para no vaciar de ímpetu moral nuestro deseo de vida buena, como discernir lo que tiene de mito postmoderno el multiculturalismo o las perversiones morales de la tolerancia, que da por buena la diversidad por ser diversa y no por ser valiosa o “crea un totalitarismo de la opinión, cuyo decálogo predica que todo lo moral o político es opinable y que de ello no cabe más que opinión; que cada cual puede dar la suya y que todas las opiniones valen lo mismo”. En el caso de nuestro país la situación es

especialmente delicada, pues entra en juego un fenómeno que pone en jaque la idea misma de democracia: el nacionalismo irredento. Luis Rodríguez Abascal hace, en su ensayo, una rigurosa aproximación al nacionalismo como Teoría Política, rango no siempre concedido por la filosofía al nacionalismo. A partir de ahí desgrana, mediante una demostración analítica impecable, por qué nacionalismo (de cualquier tipo) y democracia son incompatibles.

¿Qué porvenir espera a la democracia entendida como comunidad política de ciudadanos, cuando se desintegra en identidades excluyentes –libertad frente al otro, no libertad con el otro- y las personas que la componen entienden el ejercicio de la ciudadanía más como el derecho del consumidor, atento sólo a cuestiones de propio interés, que como el deber del artífice, necesariamente implicado en cuestiones que nos afectan a todos?

Un primer paso, esencial a mi juicio, es la implantación y desarrollo de una asignatura como la vilipendiada *Educación para la ciudadanía*; eso sí, con el máximo consenso y circunscrita a fundamentos democráticos y políticos universales, sin entrar en aspectos coyunturales o particulares de la sociedad española actual, que no se avienen a una necesaria justificación epistémica. Enseñanza que no es condición suficiente para resolver los problemas arriba expuestos, pero sí su condición necesaria.

E la nave va... ma, come va!

Segado, Manuel: *Narciso fin de siglo*, Melusina, 2008.

Antonio Ruiz Zamora

*“... y nosotros somos como los críticos ignorantes que acusan a un pintor por no haber puesto bellos colores por todas partes, mientras que éste ha sabido colocar en cada lugar los colores que le correspondían... su obra tal como es, ¡ no pudo ser más bella!
Plotino, Enéadas, Libro III, Tratado 2, §§ 11 y 12.*

Fue el canciller Bacon, quien andando la Modernidad, propuso una distinción clásica en metodología de la ciencia, al diferenciar alegóricamente entre aquéllos que como hormigas fundamentan todo su saber en la experiencia, y otros, que en razón de su dogmatismo, y comportándose como arañas, “urden telas cuya materia está extraída de su propia sustancia”. Nada tiene que ver el libro que presentamos de Manuel Segade

sobre esta cuestión, y nada más lejos de su contenido y del viaje que nos propone, para descifrar los entresijos de la cultura finisecular del XIX, pero la reflexión del filósofo nos sirve como preámbulo para comprender la propuesta del autor sobre las últimas décadas del siglo, que como mantiene, se asentó en una “perspectiva depravada” sobre el arte. Por sus páginas se nos presentarán gran parte de los bohemios, libertinos y estetas, que empararon con sus espíritu y su verbo las calles y los prostíbulos de París en su trágica odisea en pos de lo sublime. Mallarmé, Válerly, Rimbaud, Baudalaire, Hugo, Wilde, serán algunos de los narcisos finiseculares que irán apareciendo en esta particular aventura, y que como se señala en sus páginas, citando a Paul Bourget, “eran demasiado diestros en su pensar en solitario”. Encerrados en su propia mismidad, aspiraban a la emanación perfecta de la forma y a una intuición pura de la contemplación estética (neoplatonismo o cronología inmutable de lo bello, tal como se refiere en la primera parte del libro).

Para ello, qué mejor que invocar el mito de Narciso para estructurar todo el relato, que conjuntamente de la mano de Némesis (o la memoria del arte), nos invita a trasladarnos a los orígenes de la eclosión romántica y simbolista (fenómenos artísticos que diferirán en su desenlace), en un intento de encontrar pautas de comprensión de nuestra contemporaneidad. Especialmente interesante es el análisis de las estructuras sociales que provocaron una nueva posibilidad, y un nuevo horizonte, en el marco escénico en que se desarrollaron las grandes manifestaciones artísticas de finales del XIX. Será en los márgenes del discurso, de los matices y de los gestos, de las libertinas costumbres que comenzaban a imponerse, donde el autor escarbe para hallar los significados ocultos en la aparición de los nuevos lenguajes y de las nuevas tendencias artísticas: una renovada percepción del cuerpo y de la sexualidad, una burguesía perversa que vive la decadencia de los instintos, el mito andrógino platónico que se proyecta sobre el carácter del narciso finisecular, y cómo no, la ciencia médica, intentando explicar la pasión creativa de la subjetividad poética del momento. A la espera, y recostado sobre el diván, Freud dotando de sentido las sombras de la época.

Pero como nos advierte el autor, será en la palabra y en la formalidad pura, en la circularidad precisa del lenguaje, donde se asiente definitivamente la cultura de fin de siglo. Como escribe Mallarmé: “todo, en el mundo, existe para desembocar en un libro”. Será en el verbo adánico, puro y esencial, donde se aposente una poética

autotrascendente que recoja la visión íntima del propio movimiento interno, que acabará manifestándose en la elaboración creativa de la sintaxis total. En consonancia con la propuesta de Mallarmé, Yeats recordará en su diario, la fascinante e hipnótica retórica del maestro Wilde: “Nunca había escuchado antes un hombre hablando con frases perfectas, como si las hubiese escrito todas en el trabajo de toda una noche y a la vez todas espontáneas”. El esteta irlandés jugaba con las palabras como si fueran melodías visuales que subyugaban el entorno, poseía la virtud, tal como nos relata Platón en el Crátilo, de adecuarse a la perfecta correspondencia entre el nombre y la esencia.

Así pues, será en el aura de la belleza (en la lejanía o en la cercanía de la misma, tal como la concibe Walter Benjamín), donde el artista se encarna y deposite su propia excrecencia reminiscente. El gesto estético del dandi, y su diletante ociosidad, no será más que la intelectualización de lo frívolo en una reconstrucción ética de sí mismo. Al otro lado del espejo sólo quedará una bruma ilusoria recreada por las placenteras sensaciones de la droga salvífica. Narciso, pues, entre dos mundos. Lo visible y lo invisible se superponen enigmáticamente en una voluntad de vivir, que tal como es interpretada por Schopenhauer, alcanza en la contemplación estética desinteresada su más sublime y perfecta cristalización. Como plantea el filósofo alemán en su *Parerga y Paralipomena*, “la música es la melodía cuyo texto es el mundo”, y similar a esta propuesta, Verlaine, al inicio de de su poema *El arte de la poesía*, señalará que “la música es antes que cualquier otra cosa”. Voluntad y música se constituyen, de este modo, como identidades estructurales y referenciales de lo mismo. Danzando en los confines de lo ilimitado, recreándose en su propia sustancia y en su oceánica subjetividad, el narciso finisecular elaborará los nutrientes de su mismidad. El mundo debe ser dibujado en los propios contornos de la inmanencia, y tal como expone Moureau, los objetos circundantes no dejar de ser “pretextos para expresar la poesía y la llama que en mí se encuentran”. Su cuadro *Narciso* (1897), último y testamentario del pintor, puede servir de ejemplo para clarificar esta cuestión: Narciso se deshace en los trazos del paisaje en una última fusión cósmica.

Es *Narciso fin de siglo* un denso, pero ameno recorrido, con interesante estilo detectivesco (todas las buenas obras de ensayo poseen ese tono manteniendo al lector a la expectativa del desenlace), sobre las oscuras aristas del espejo de Narciso y la encarnación poética de la subjetividad. Repleto de citas y experiencias biográficas que

se van ensamblando buscando un sentido epistémico al marco cultural que analiza, Manuel Segade, compone un apasionante estudio sobre las últimas décadas del siglo XIX, que nos permite recrearnos en el abismo estético-poético de figuras centrales de la cultura, que influirán, sin duda, en las tendencias artísticas que surgirán con posterioridad. Una vez más nos permitimos recurrir al certero diagnóstico de Wilde: “He puesto mi genio en mi vida, y no he puesto más que mi talento en mis obras; lo sé, y ese es el gran drama de mi vida”. Para una época anestésica de “máscaras cobardes”, tal como concluye el autor, no está nada mal refugiarnos en la memoria de Narciso fin de siglo. Aparece, por su parte, en una nueva editorial (Melusina) preocupada por remover el pensamiento vigente a través de la publicación de nuevos autores.